

otras ocasiones con cierta sonrisa que al principio no fué bien comprendida, y con la cual así podía creerse que se burlaba de sí mismo como de sus profesores.

Esta sonrisa no tenía en realidad otro origen que el escepticismo que comenzaba á desarrollarse en su ánimo y una tendencia muy marcada á burlarse de todo lo que le rodeaba. Sus contemporáneos decían que comenzó por reirse de sus hinchados maestros de latín y sùmulas, y acabó por reirse de la Biblia. En su privilegiada inteligencia encontraba un arsenal de argumentos para combatir todas las doctrinas de su época, y cuando notaba el empeño que se tomaba todo el mundo en contradecirle, no podía menos que burlarse de la afectada gravedad con que esto se hacía.

Á pesar de que un hombre de este carácter no podía sentir ninguna vocación para el sacerdocio, D. Pablo Moreno, cuando hubo terminado su curso de Filosofía, se consagró al estudio de la Teología y Escritura sagrada. Se dice que desde este momento desapareció su anterior indolencia y que de día y de noche se le veía engolfado en la lectura tenaz de los grandes volúmenes que servían de ilustración al texto de escuela. ¿Deseaba disipar en este afán constante las dudas que asaltaban su ánimo, para recobrar la fe que había perdido? Si este fué su objeto, estuvo muy lejos de conseguirlo, porque la misma sonrisa con que antes se había burlado de la filosofía peripatética, le acompañó invariablemente en sus nuevos estúdios. Volvió á reirse de la Biblia; se rió todavía más de sus comentadores, y si desde entonces habló y discutió menos, fué acaso porque temió que la manifestación de sus nuevas dudas pudiese serle altamente perjudicial. Hizose, en suma, un pequeño Voltaire, aunque sin conocer los escritos de este célebre filósofo, porque ni sus obras ni las de ningún otro enciclopedista del siglo XVIII habían penetrado por aquella época en la Península.

Entretanto, como D. Pablo Moreno era *colegial* y sus gran-

des talentos eran reconocidos por los directores del Seminario, llegó la época en que fué nombrado catedrático de Filosofía, y con tal carácter abrió un curso de esta facultad el 20 de abril de 1802. Una juventud brillante, ávida de saber, y que más adelante debía fundar en el país la escuela política moderna, se presentó á escuchar las lecciones del filósofo vallisoletano. Figuraban entre esa juventud Lorenzo de Zavala, Andrés Quintana Roo, Manuel Jiménez Solís, Juan de Dios Enríquez, José Mariano de Cícero y otros varios yucatecos que han legado un nombre honroso á la historia de la Península.

Don Pablo Moreno introdujo desde este instante una verdadera revolución en los estudios del Seminario. No tuvo embarazo en desterrar la filosofía peripatética y en hacer una franca propaganda de aquel caudal de conocimientos que había adquirido más bien con la meditación que con el estudio. «Fué el primero—ha dicho el más notable de sus discípulos—que se atrevió á introducir la duda sobre las doctrinas más respetadas por el fanatismo, y que á beneficio de sus esfuerzos únicos pudo sobreponerse á todos sus contemporáneos, enseñando los principios de una filosofía luminosa y abriendo brecha, en medio de tinieblas espesas, á las verdades útiles que han hecho después prodigiosos progresos en toda la Nueva España. ¡Qué fuerza de espíritu y cuánta constancia no era necesaria para elevarse á tanta altura, rodeado de tantos obstáculos! Su voz se hizo escuchar en medio de un desierto de ideas y de principios» (3).

Ninguna revolución se verifica sin encontrar grandes resistencias en los espíritus apocados ó en aquellos cuyos intereses ataca. Desde las primeras lecciones que dió Moreno en su cátedra, introdujo la alarma entre los directo-

---

(3) ZAVALA, *Ensayo histórico de las revoluciones de México*, tomo I, capítulo II.



res del Seminario y otros eclesiásticos que pasaban por ser las lumbreras de la Colonia. Comenzaron desde entonces á hacerle una guerra sorda, y acaso habrían logrado aplastarle, si el mismo Sr. Estévez, obispo que acababa de llegar á Yucatán, no los hubiese calmado con el deseo de observar al audaz innovador. Los partidarios del peripatetismo resolvieron entonces aguardar una ocasión en que pudiesen derrotarle de una manera ruidosa, y el mismo D. Pablo Moreno no tardó en presentársela. Hizo anunciar un acto público, en que el alumno Lorenzo de Zavala debía defender unas proposiciones de Ética ó Moral sacadas de la filosofía moderna.

La revolución que se verificaba en el Seminario era ya conocida en el público, y con este motivo acudió á aquella función literaria un concurso numeroso, compuesto de las personas más notables de la ciudad. El capitán general D. Benito Pérez Valdelomar, el nuevo obispo D. Pedro Agustín de Estévez y Ugarte, los canónigos, los franciscanos, el clero secular, varios funcionarios públicos y otros muchos invitados y curiosos se vieron reunidos en aquel día en la no muy amplia capilla del Colegio. El actuante se sentó frente á la barandilla tradicional, tras de la cual se habían colocado los que debían replicarle. Hallábase entre éstos un clérigo, á quien se daba el nombre del padre Onofre, que disfrutaba de la reputación de sabio entre sus contemporáneos, y á quien se encomendó en aquella ocasión el honor y el porvenir de la escuela peripatética. El viejo escolástico se armó de una retahila de silogismos, sorites y epicheremas, y cuando le tocó su turno y saltó á la arena, comenzó á argüir con todo el aplomo de la suficiencia. En la mayor de sus proposiciones citó la autoridad de Santo Tomás; y cuando formulaba ya su conclusión para dejar en su concepto aturdido al actuante, éste le negó la *mayor*, como se dice en el lenguaje de las escuelas.—¿Niega usted la autoridad de Santo Tomás?, preguntó el replicante entre co-

lérico y asombrado.—¿Y por qué no?, repuso Zavala; Santo Tomás era hombre como usted y como yo, y pudo errar.— El P. Onofre, que no esperaba esta salida, se retiró bruscamente de la capilla, temiendo acaso que ésta se desplomase sobre los que habían escuchado á sangre fría las blasfemias del actuante, y diciendo que nada bueno podía esperarse de una secta que tenía la audacia de negar la autoridad del doctor angélico. El mismo Sr. Estévez, que antes había calmado á los partidarios de la antigua escuela, se alarmó del giro que comenzaba á tomar la enseñanza de Moreno, y le ordenó que procediese con más circunspección y que diese algunas lecciones de *Goudin*, autor favorito de los peripatéticos. Obedeció el maestro; pero sus discípulos se habían inspirado ya en los luminosos principios de la filosofía moderna, y muy pronto debían palpase las consecuencias en la escena política en que iban á aparecer (4).

Luego que D. Pablo Moreno terminó su curso de Filosofía, no intentó hacer una nueva propaganda de sus ideas en ningún terreno. La indolencia de su carácter no le permitió nunca hacer el papel de apóstol ó de jefe de partido. Abandonó el Seminario, donde no debía de ser muy querido, y encontrándose más distante que nunca de entrar en la carrera de la Iglesia, se hizo *papelista* ó procurador de pleitos para ganarse la subsistencia. Era entonces ésta una profesión que no dejaba de proporcionar algunas ganancias, porque no había en la provincia otros abogados que los que traían algún empleo de la corte. Moreno se consagró con este motivo al estudio de la Jurisprudencia, sin dejar por eso de instruirse en otras ciencias y materias, lo cual se hacía más fácil de día en día y á medida que avanzaba el tiempo, por la multitud de libros y periódicos que comenzaban á llegar de la madre patria. El antiguo seminarista muy pronto se hizo célebre en su nueva profesión,

(4) SIERRA, *Biografía de D. Lorenzo de Zavala*.



por la abundancia de doctrina que resaltaba en sus escritos, por la solidez de sus raciocinios y, sobre todo, por los epigramas finos, y al mismo tiempo crueles, que lanzaba contra sus adversarios. No conocemos de él otro escrito de este género que el que redactó en defensa del desgraciado emisario Nordingh de Witt. Ya hemos hablado en otra parte de esta pieza, que se distingue por su claridad, por su sencillez, por su sana crítica y por la delicada ironía con que se burla del ampuloso abogado que hacía el papel de promotor fiscal (5).

Tan grande fué la reputación que llegó á adquirir D. Pablo Moreno, que á pesar de su cualidad de criollo y de su fama de *hereje*, muchas veces fué llamado al Consejo de los capitanes generales para oír su opinión en las dificultades que se le presentaban. Don Benito Pérez Valdelomar hizo de él un aprecio extraordinario, y entre otras comisiones delicadas que confió á su sabiduría y prudencia, merece una mención especial la de la procuraduría de indios con que le honró, prefiriéndole á otros sujetos que tenían la cualidad de abogados. En el desempeño de este destino, Moreno fué una providencia para los descendientes de los antiguos mayas; porque conociendo el abuso que se había hecho y se estaba haciendo todavía de aquella raza desgraciada, puso al servicio de ella su talento y las ideas filantrópicas que germinaban en su ánimo (6).

Pero aquí debemos perder de vista por un instante al personaje en que hemos venido ocupándonos, para hablar de otros sucesos que influyeron en el nuevo orden de cosas que próximamente debía implantarse en la Península.

(5) Puede verse este escrito en el tomo I del *Museo Yucateco*.—Véase también el capítulo XI, libro V, de esta historia.

(6) Muchos de los pormenores que hemos dado sobre D. Pablo Moreno están extractados de las *Consideraciones* que escribió D. JUSTO SIERRA sobre la raza indígena. Los hemos aceptado sin temor, porque están confirmados por una tradición que todavía puede recogerse.

Mientras D. Pablo Moreno verificaba en el Seminario conciliar de Mérida una revolución en los estudios, que muy pronto debía influir poderosamente en las ideas de la época, una revolución semejante, aunque menos trascendental quizá, se verificaba en el colegio de San José, de Campeche. A fines del siglo pasado llegó á la provincia de Guatemala un fraile español, que por su extraordinario talento y su singular aplicación al estudio fué destinado por sus superiores á la enseñanza de la juventud. Llamábase Juan José González y pertenecía á la Orden de San Francisco. Con gran sorpresa de sus hermanos, el maestro comenzó á inculcar desde luego en el ánimo de sus discípulos ciertas doctrinas que indicaban claramente que pertenecía á la escuela de los enciclopedistas. A ninguna clase de hombres convenía menos la difusión de estas doctrinas que á los monjes, y así los franciscanos de Guatemala resolvieron deshacerse cuanto antes de un hermano tan peligroso. Por aquel tiempo se recibió en la provincia una solicitud del provincial de Yucatán, en que pedía que se le mandasen algunos religiosos de la Orden, y habiendo sido obsequiado este deseo, el padre González, como debía esperarse, fué uno de los primeros designados para componer la misión.

El colegio de San José, de Campeche, según hemos dicho en otra parte, había sido fundado por los jesuitas. Cuando éstos fueron expulsados de la provincia, el Ayuntamiento confió el cuidado del establecimiento á un seglar, que mal enseñaba á leer y escribir; y por la época á que ha llegado nuestra narración acababan de obtenerlo los franciscanos, quienes habían emprendido en él varias mejoras y abierto cátedras de Latinidad, Filosofía y Teología (7). Por una coincidencia feliz, los frailes de Yucatán creyeron, como los de Guatemala, que el padre González era digno

(7) CASTILLO, *Diccionario histórico, biográfico y monumental de Yucatán*.



por su profundo saber de dedicarse á la enseñanza de la juventud, y le confiaron la segunda de las cátedras en el colegio de que venimos hablando.

Verificóse este suceso allá por el año 1801. El lector González, con cuyo nombre le designaban más comúnmente sus contemporáneos, en vez de seguir las huellas de sus hermanos de Mérida, que todavía enseñaban en su convento los principios de la escuela peripatética, hizo á un lado las doctrinas del sutil Escoto é introdujo en su enseñanza la filosofía de Descartes, el sistema copernicano, las demostraciones de Newton y Galileo, y aun algunas ideas de los racionalistas de la escuela de Voltaire (8). No parece que estas innovaciones hubiesen encontrado en Campeche ninguna de las dificultades con que por la misma época tropezaba en Mérida D. Pablo Moreno. Sea porque aquella ciudad, dedicada especialmente al comercio, se preocupase poco de lo que pasaba en el interior de un colegio, sea porque el lector, que al fin era sacerdote y monje, fuese más cauto que el catedrático de Mérida en la propagación de ciertas ideas, la verdad es que terminó sin obstáculos de ninguna especie el curso que inició en el año citado arriba.

Acaso esta última suposición sea la más verosímil; porque llegada la ocasión, ni el P. González ni sus antiguos alumnos asumieron la misma actitud que los discípulos de Moreno. Por este motivo hemos calificado de menos transcendental la revolución que introdujo en los estudios del colegio de Campeche. Pero no anticipemos los sucesos y volvamos ahora los ojos á la capital de la Colonia.

---

(8) SIERRA, *Consideraciones*, etc.

## CAPÍTULO II

El padre Velázquez.—Su carácter y sus ideas.—Funda la Sociedad conocida con el nombre de *sanjuanista*, que al principio tuvo un objeto puramente religioso.—Personas piadosas que la componían.—En 1812 se convierte en Sociedad política para propagar en el país los principios liberales.—Nuevos afiliados.—Deseo de mejorar la suerte de la raza indígena.—Utopías del padre Velázquez.—Estado que guardaban los indios antes de publicarse en la provincia la Constitución de Cádiz.—Supresión de las encomiendas.—La Ordenanza de Intendentes.—División de la Colonia en catorce subdelegaciones.—Autoridad omnimoda de los subdelegados.—Abusos á que se prestaba la nueva institución.

A principios del siglo actual era capellán de la ermita de San Juan Bautista, de Mérida, el venerable eclesiástico don Vicente María Velázquez. En la época en que apareció en la escena política, tenía ya una edad bastante avanzada; pero su elevada estatura y su misma cabeza despoblada de cabellos le daban un aspecto imponente y atractivo. Su profunda moralidad y su filantropía á toda prueba le habían concitado el respeto y el aprecio de cuantos le conocían. Tenía de religioso y creyente todo lo que D. Pablo Moreno y el lector González tenían de escépticos. Profesaba, sin embargo, los principios de la escuela liberal más avanzada, sin duda porque, como otros muchos eclesiásticos, así de la Metrópoli como de las Colonias, creía que podían conciliarse los sanos preceptos del Evangelio con los sagrados derechos que la Naturaleza ha concedido á todos los hombres. La buena fe con que profesaba la religión de Cristo le había hecho abrazar la carrera de la Iglesia, y el de-